

Fabrizio Tocco, University of British Columbia
f.tocco@alumni.ubc.ca

Presented at LASA 2018 in the panel: "Poéticas de los restos en el paisaje de las ruinas en América Latina y el Caribe II", Barcelona, May 26th, 2018

"Cuerpos femeninos como excedentes productivos
en la frontera mexicano-estadounidense"

Acumulación de cadáveres como metáfora de acumulación de capital

En "La parte de los crímenes," 4º capítulo de su novela póstuma, *2666* (2004), Bolaño se encarga de describir con naturalismo minucioso 111 casos de asesinatos ficticios que evocan los más de 700 feminicidios reales de mujeres, ocurridos durante las últimas tres décadas en Ciudad Juárez, en la frontera mexicano-estadounidense, desde la implementación de NAFTA.

Hablar de estos feminicidios exige abordar qué significaban sus cuerpos en vida en el entorno social por el que circulaban. Para comenzar, diremos que la enumeración episódica de nombres propios de mujeres asesinadas recuerda la acumulación de capital que era producida gracias a ellas mientras trabajaban en las multinacionales maquiladoras, productoras de mercancías que pagan sueldos nimios mientras ostentan el privilegio de importar a sus respectivos países de origen, sin abonar aranceles al estado mexicano. Ambos, el cadáver femenino y el capital, son representados como formas de acopio irracionales.

Cuando Max Weber analiza en su *Ética protestante* la *Autobiografía* de Benjamin Franklin, observa que "ganar dinero y cada vez más dinero [...] pensado como un puro fin en sí mismo [...] se presenta como algo [...] realmente irracional respecto a la «utilidad» o la «felicidad» del individuo concreto" (62). Mientras que acumular capital a menudo se ha entendido en términos de utilidad social; para el padre fundador estadounidense, en cambio, nos dice Weber, es un mandato que no tiene por qué responder a ninguna finalidad. Acumular riqueza habilita y, de hecho, invita a hacerlo porque sí.

De igual forma, en la Santa Teresa de Bolaño (nombre que da al pueblo en donde está ambientada la novela), se mata mujeres porque sí, sin evidentes finalidades políticas. El móvil de los asesinatos no responde a cuestiones que puedan explicarse en

términos utilitarios: carecen de la retórica inmunitaria de los estados dictatoriales del cono sur o del mismo nazismo, que justificaban el terrorismo de estado como medio de extirpación de agentes externos al cuerpo de la nación. Acumular cadáveres para Bolaño, en cambio, parece un fin en sí mismo. Como quiere Natasha Wimmer, traductora de la novela al inglés, en 2666 "Capitalism, the World Bank and the international drug trade replaced caudillos, death squads, and political persecution as the new faces of evil" (qtd. in Deckard 1).

Los feminicidios, así, consisten en una serie de actos despojados de sistematicidad. Como apunta Brett Levinson, cada asesinato es un evento aislado, no susceptible de ser conectado con los demás: "each functions as one more atrocity in a disconnected but repeating series" (182). No obstante, esta ausencia de vinculación debe problematizarse, ya que es una ausencia tan paradójica como aparente. Por un lado, aquello que se produce una y otra vez es la reiteración no de crímenes disímiles sino la perpetuación de lo mismo. Por otro, los crímenes, inconexos entre sí, encuentran su punto de unión en la identidad de género de sus víctimas: a excepción de una Felicidad Jiménez (de 50 años, acuchillada 60 veces por su hijo), todas ellas cuentan al morir desde 10 hasta 38 años. En otras palabras, casi todas son mujeres fértiles.

Al igual que sus verdugos no dicen matar siguiendo una agenda política concreta (no asesinan a sus víctimas porque pertenezcan a un partido político u otro, ni porque sean activistas de alguna causa considerada como subversiva), tampoco hay un único autor intelectual orquestando cada uno de los crímenes. No hay un "gran dictador latinoamericano" detrás de un genocidio sistemático, ideológicamente motivado, ni un convencional asesino en serie que mate por motivos privados, sino más bien una serie de feminicidios ejecutados espontánea y erráticamente. Todos matan: ladrones, policías, narcos, empresarios, trabajadores comunes, esposos. Ninguno tiene una relación entre sí. Sólo hay lugar para la más pura arbitrariedad: que todos maten quiere decir que nadie mata.

Que los feminicidios estén despojados de finalidad no implica necesariamente una ausencia de causa. Pese a esta evidente falta de conexión y sistematicidad, pese a la inexistencia de un para qué, los asesinos no matan mujeres sin un por qué: las matan por ser mujeres. Si las víctimas, a diferencia de sus verdugos, sí poseen una identidad nítida, la difuminación de la identidad de éstos, (la imposibilidad de encarnarlos en un

único agente social concreto), encuentra su límite en la matriz que los atraviesa: la dominación masculina.

Al respecto, Bourdieu señala que "el acoso sexual no siempre tiene por objetivo la posesión sexual que parece perseguir exclusivamente" sino que "tiende a la posesión sin más, mera afirmación de la dominación en su estado puro" (35). Algo similar podría aseverarse en torno a los feminicidios enumerados por Bolaño y las violaciones (anales, vaginales, bucales) y amputaciones de miembros (senos, pezones) que suelen precederlas: más que un medio para alcanzar fines utilitarios, los feminicidios son un fin en sí mismo. Esto no los exime de tener una causa bien delineada: reafirmar el yo masculino ante un cuerpo femenino, al que trata como un excedente a pesar de su condición de imprescindible, o tal vez precisamente por esta.

Imprescindibles y excedentes: el cuerpo femenino como homo sacer

En su lectura de 2666, John Kraniauskas vincula a las mujeres asesinadas en "La parte de los crímenes" con el término "homme jetable" (44), los humanos desechables generados por la desigualdad económica intrínseca a la acumulación de capital. Mientras que Kraniauskas atribuye el concepto a Étienne Balibar (2002), el mismo en realidad pertenece a Bertrand Ogilvie (como Balibar se encarga de citarlo en su texto original). A mediados de los noventa, Ogilvie toma la idea del humano desechable a partir de la jerga coloquial del español latinoamericano, que define como "población chatarra" (aquella que vive entre la chatarra y cuya condición socioeconómica termina amalgamándola a ella) a "ces masses de populations qui n'entrent pas dans les plans nationaux et internationaux de production et d'échange" (128). Del mismo modo, Balibar entiende a los "disposable human beings" a la luz del desempleo estructural, denunciando que "the destruction of traditional activities [...] leads to a situation [...] in which millions of human beings are superfluous" (12). Insiste Balibar en que nadie los necesita y por ello se hallan, simultáneamente, "excluded from labour [...] and kept within the boundaries of the market" (12).

Sin embargo, aquello que resulta singular del catálogo de personajes femeninos de 2666 es que no sólo están integradas en el mercado laboral, sino que paradójicamente conforman el núcleo de su sostén productivo. En otras palabras, constituyen una aporía: son superfluas (sus cuerpos permanentemente descartados una y otra vez) y a la vez necesarias para el circuito económico en el que están inmersas. Puesto que la economía

de Santa Teresa, trasunto de Ciudad Juárez (centro urbano que cuenta a la vez con menor desempleo femenino y mayor número de feminicidios en todo el estado mexicano), funciona en gran medida gracias a la incesante labor de las empleadas de las multinacionales maquiladoras. Las mujeres de 2666, por lo tanto, no son meramente residuales; también poseen una función altamente productiva: son excedentes creados por un capital financiero para el que al mismo tiempo resultan imprescindibles.

Residuo y motor productivo, estos cuerpos femeninos poseen otra doble enjundia: son sacrificados en el doble sentido de exclusión que usa Agamben al elaborar su concepto *homo sacer*, contemporáneo del *homme jetable* de Ogilvie, pero que resulta acaso aún más pertinente. Son cuerpos sagrados por ser imprescindibles para acumular capital (mano de obra dócil y barata) y sacrificados por su condición de excedente. La indiferencia y pasividad con las que Santa Teresa atestigua su gradual eliminación dan cuenta de hasta qué punto la lógica de la dominación masculina considera el cuerpo femenino como un sobrante de la sociedad sin el que empero no podría sostenerse.

Tras haber sido postergadas por la desigualdad económica durante generaciones, las mujeres de Bolaño van a Santa Teresa a trabajar en condiciones inhumanas, encarnando el *homo sacer* de Agamben, la vida nuda, "absolutamente expuesta a que se le dé muerte, objeto de una violencia que excede a la vez la esfera del derecho y la del sacrificio" (112), porque no pueden no hacerlo. Mientras que la primera acepción que ofrece el DRAE para "sacrificio" está vinculada a la noción de "ofrenda"; la cuarta lo hace en términos de "matanza por una causa." Estos feminicidios no son ni una cosa ni la otra. Más bien, se encuentran, como el *homo sacer* de Agamben, en "una zona de indiferencia entre sacrificio y homicidio" (109). Cualquiera puede "quitarle la vida impunemente" y "esta violencia [...] no es clasificable [...] como ejecución de una condena" (108).

Como el *homo sacer*, estos cuerpos femeninos se situúan por fuera de la ley, inmersos en la desprotección laboral y social. Funcionan como complemento del cuerpo soberano, la esfera que decide dentro de la ley a quién "se puede matar sin cometer homicidio y sin celebrar un sacrificio" (109). Ambos padecen una exclusión que es inclusiva y naturalizada: por un lado Santa Teresa recibe a las mujeres y su mercado de trabajo las integra constantemente; por otro, sus hombres las asesinan impunemente.

Esta *impune occidi*, la impunidad para matar por parte del soberano que refiere Agamben, ratifica nuestra lectura de que los feminicidios retratados por Bolaño no

deben leerse como un medio (un sacrificio por una causa mayor, como suele rezar la retórica inmunitaria de la extirpación) sino como un fin que se repliega en sí mismo: en línea con aquello que señala Weber sobre la acumulación de capital y Bourdieu sobre la dominación masculina; si los feminicidios, entendidos como condensaciones del *homo sacer* de Agamben, tienen alguna finalidad es la de auto-reafirmar un orden de dominación que trastabilla: sea de clase, de género o de soberanía política.

Locus eremus: el basural como metonimia del cuerpo femenino

Hablar de estos cadáveres requiere también abordar los espacios en los que son encontrados. Éstos no constituyen apenas un escenario meramente decorativo para causar espanto en el lector. Son ante todo metonimias de los cadáveres mismos. Descampados, barrancos, desiertos, terrenos baldíos, carreteras, calles, callejones, cerros, pedregales, coches listos para su desguace, contenedores de basura en el medio de la calle, galpones de almacenaje, parques industriales, arroyos, acequias, los espacios en los que emergen los cuerpos paulatinamente culminan en el clímax de un recipiente lleno de ácido corrosivo.

Esta conjunción climática de la edad fértil de la mujer y su muerte, cada vez más ominosa y cruenta, convoca toda una tradición literaria, vinculada a la poesía barroca, que escenificó durante décadas la degradación fugaz del cuerpo femenino en contraste con su juventud. El último terceto del célebre soneto de Góngora, «Mientras por competir con tu cabello», es tal vez el ejemplo más paradigmático: "No sólo en plata o viola troncada / se vuelva, más tú y ello juntamente / en tierra, en humo, en polvo, en sombra, en nada". Bolaño, (ante todo, como señala Kraniauskas, un poeta que escribe novelas por motivos financieros [37]), reescribe la tierra y el polvo gongorinos con sus derivados más siniestros: estos espacios profundamente terrenales en los que la población de Santa Teresa va encontrando los cadáveres que produce.

Como la "población chatarra" de Ogilvie, ambos, cuerpos y espacios, se funden y confunden: son las ruinas que evocan de forma simultánea todo lo que es primero codiciado y rápidamente excretado por un mercado voraz, dejado a la intemperie de un estado cuya ausencia es selectiva. Pese a la aparente carencia de sistematicidad, estos espacios son metamorfosis de un destino común muy concreto: el de las mercancías, que alguna vez supieron estar integradas y ser indispensables mientras circulaban como

valores de cambio, pero que con facilidad se descartan y sustituyen por otras tan atractivas como efímeras.

Después de todo, el mercado, en apariencia emancipador para estas trabajadoras, termina convirtiéndose en su principal verdugo, aquello que por un lado les aporta un salario miserable pero fijo (codiciado en otras regiones a las que el mercado no llega) y por el otro las condena a obtenerlo en condiciones precarias, devaluándolas y reificándolas en serie con la misma lógica con la que fabrican productos y generan capital con altos márgenes de beneficio. Sin sindicatos, con alta volatilidad de personal (el narrador nos dice que "el trasiego de trabajadores era incesante" [518]), exposición a turnos nocturnos y horarios des-regulados, sin pasaportes ni documentos de identidad ni lazos sociales, son apenas cuerpos en movimiento, encarnaciones de la *vita nuda* de Agamben.

Los cadáveres femeninos, otra mercancía más, camuflados y ocultados ahora entre la basura, comparten con ella que ambos son aquello cuya presencia quiere ocultarse de la visión general. A lo largo de todo el capítulo, los cuerpos femeninos son arrojados a los vertederos, escondidos e invisibilizados. Las fábricas y sus alrededores macabros, el mercado y la basura que produce, más que contextualizar los crímenes, parecen provocarlos. El basural como espacio paradigmático y la mujer entendida como basura encuentran su colmo irónico cuando aparecen cadáveres en un basurero clandestino que el gobernador del estado de Sonora, el licenciado José Andrés Briceño del PAN, propone clausurar hasta que sus asesores le avisan que no se puede cerrar un espacio que no esté abierto legalmente.

Todos estos espacios lúgubres, distintas metonimias de la basura y de los cuerpos que se descomponen junto a ella, confluyen en Santa Teresa: pueblo ficticio creado por Bolaño en la estela de los espacios míticos del *boom*, tan despojado de lo maravilloso como exacerbado en su cariz realista, carente de los elementos sobrenaturales que ostenta la Macondo de García Márquez pero retenedor del carácter infernal de la Comala de Rulfo, únicamente funcional a la acumulación de capital y crimen, ambos encarnados en los cadáveres femeninos.

Auténtico *locus eremus*, tópico medieval que refiere a un lugar yermo, Santa Teresa se opone diametralmente a lo idílico y vital del tradicional *locus amoenus*: todos los espacios evocan una tierra estéril, que significativamente fagocitan mujeres en edad de parir. Estos espacios estériles y esterilizadores materializan un desplazamiento:

evocan el lugar (espacial y no espacial) que la sociedad ya había pre-asignado a los cuerpos cuando eran productivos. La concomitancia de espacio y cuerpo reviste así una lógica tan ominosa como aplastante: la sociedad encuentra a las mujeres en el mismo lugar que los puso en vida en un primer momento: en el de la basura.

No de otro modo deben leerse los cadáveres que aparecen en prostíbulos o en los mismos depósitos fabriles de las fábricas maquiladoras. El cadáver de Marisa Hernández Silva sólo emerge "a la entrada del basurero clandestino llamado El Chile" (580), cuando "una mujer [...] se había acercado [...] a tirar un refrigerador, al mediodía, una hora en la que no hay vagabundos" (580-581). Encontrado "entre dos grandes bolsas de plástico gris llenas de retales de fibra sintética" (581), el límite que separa al cadáver de su entorno es notoriamente poroso. Se produce aquí lo que Esposito denomina "contagio": los espacios se ven infectados de la textura residual que poseen los cuerpos y a la inversa, éstos se descomponen en contacto con el agua contaminada de los arroyos o el ácido corrosivo. No es casual que uno de los últimos cadáveres encontrados sea apenas un esqueleto, sugiriendo que el mismo estuvo (probablemente durante años sin que nadie lo reclamara o diera con su paradero) fundiéndose con la tierra muerta en la que aparece.

Hacia el final del capítulo, los cuerpos femeninos van volviéndose anónimos, perdiendo así la instancia última que les confería aún algo de humanidad: su nombre. La despersonalización se materializa en el *leitmotiv* que atraviesa todo el texto y que, como refieren Gareth Williams y Levinson, funciona como signos de puntuación que separan cada uno de los feminicidios: "se cerró el caso". Así como "nadie" mata, nadie parece capaz de lidiar con su brutalidad multiforme, por ello el caso "es cerrado" en voz pasiva e impersonal. Fuera del libro, lejos de Santa Teresa, con métodos y resultados no demasiado distintos han lidiado nuestras sociedades con los nuestros.

Referencias

- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: El poder soberano y la vida nuda*. Valencia: Pre-Textos, 1998.
- Esposito, Roberto. *Immunitas: Protection and Negation of Life*. Cambridge: Polity, 2002.
- Balibar, Étienne. *Politics and the Other Scene*. NY: Verso, 2002.
- Bolaño, Roberto. "La parte de los crímenes." 2666. NY: Vintage Español, 2004. 443-791.
- Bourdieu, P. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama, 1999.
- Deckard, Sharae. "Peripheral Realism, Millennial Capitalism, and Roberto Bolaño's 2666." *Modern Language Quarterly* 73.3 (2012): 351-72. Print.
- Jelly-Schapiro, Eli. "'This Is Our Threnody': Roberto Bolaño and the History of the Present." *Critique: Studies in Contemporary Fiction* 56:1 (2015): 77-93.
- Kraniauskas, John. "A Monument to the Unknown Worker." *Radical Philosophy* (2016).
- Kurnick, D. "Comparison, Allegory, and the Address of 'Global' Realism (The Part about Bolaño)." *Boundary* (May 2015).
- Levinson, Brett. "Case Closed: Madness and Dissociation in 2666."
- Ogilvie, Bertrand. "Violence et représentation: La production de l'homme-jetable" *Lignes* 1995/3, 26, 113-141.
- Williams, Gareth. "2666, Novel of Force."